

NECROLÓGICA

MANUEL ALVAR LÓPEZ

(*Vir bonus docendi peritus*)

Comenzaré parafraseando una definición del más grande retórico hispano, Marco Fabio Quintiliano, porque quiero recordar a Manuel Alvar: medio siglo Catedrático de Filología, Doctor *Honoris Causa* por veinticinco (25) universidades, profesor visitante en, por lo menos, veinte (20) universidades, profesor durante veintidós años en Albany (USA), Director del *Curso Superior de Filología Española* del CSIC (Málaga) durante más de treinta años, y conferenciante por los cuatro continentes (no recuerdo que hablara en Australia).

¿Será un profesor peritísimo quien ha tenido esta vida científica? Pero para ello ha tenido que ser un hombre bueno, siempre dispuesto a servir a los demás, sin un mal gesto, siempre sonriente y generoso.

Se ha definido personalmente, pero eso sería no decir nada:

Conviene que amemos igual compañía
que trata en aquellos que ni por natura
ni por señorío, ni progenitura
serán obligados a soberanía.

Nunca pertenecí a su escuela filológica, ni aporté por su cátedra; éramos amigos porque compartíamos afanes comunes y él solo me llevaba un año. Las palabras de la *Amiçia* de Francisco de Castilla, nos unen. Pero por una admiración infinita hacia un humanista integral, porque Manolo Alvar fue profesor e investigador de archivo y biblioteca... pero también de campo y, por ello, creador.

Hoy, cuando se ha ido, al lucero de bienaventuranza que le corresponde por su infatigable y honestísimo transitar por la vida, yo considero, con Ferrán Núñez:

amiçia ha de ser deliberada bienquerencia entre dos, e ha de ser mutua, e a cada uno manifiesta,

y tengo el deber moral de glosar y exaltar una vida fecunda, pues el amigo quiere el bien para el amigo, con amistad viva que perdura aun en el caso de que «alguno se pierda».

Un historiador de la lengua que se inicia con estudios de la pérdida de la *f* inicial en Aragón, tenía forzosamente que llegar a sumergirse en la literatura medieval: ya en 1960 le tiente una obra enigmática, *La vida de Santa María Egipciaca*: sus dos volúmenes con estudio literario, lingüístico y léxico (1970-1972) habían obtenido el Premio Nacional de Investigación; pero es tanta su devoción a los temas que, a pesar de ello insiste en breves estudios de los años 1983, 1991 y 1995. Puesto ya en el camino, tropieza con el *Libro de la Infancia y muerte de Jesús* (1965), que era conocido por *Llibre dels tres reis d'Orient*; nos dejó una edición y estudio definitivos para todos. Pero, en esta línea, su obra monumental es el *Apolonio*, tres espléndidos volúmenes: Texto, Gramática y Vocabulario (1976); ya le había tentado el año anterior y se acordará de él en 1981, en 1983, con un joven investigador, en 1984 (edición de bolsillo) y en 1986. Raramente dejaba de pensar en sus temas preferidos.

En este sentido el tiempo era tan corto que a veces algunas obras quedaron en proyecto: *El sacrificio de la misa* (1985) quedó solo en edición paleográfica, como el *Cancionero de Stúñiga* (1981) con su fidelísima colaboradora en tantas cosas, aquí también, salió el *Léxico* (1991) y la traducción de Gower, que era inasequible tras la vieja edición de Knust (1909). En el primero caso, Berceo, tan admirado y debatido en las *Jornadas Berceanas* —que dirigió varios años— se compensó con «Berceo Hagiógrafo» (1992). En línea con sus anteriores trabajos hagiográficos (1967 y 1992):

Amor se contracta de propios oficios
que son buenas obras y sus beneficios.

Un libro fundamental es su *Poesía española medieval* (1969), una antología en que resume el aspecto total del medievo poético. Libro de cabecera, pues reúne todos los grandes y minúsculos poemas en edición asequible.

Pero, antes de seguir, tenemos que retroceder: era catedrático en Granada, ¿cómo podría dejar de penetrarse del Romancero? Así, en 1956 salió su bellissimo libro *Granada y el Romancero* (reeditado en facsímil en 1982), habiendo suscitado *Jaén y el Romancero*. Debemos recordar que, en su largo peregrinaje como dialectólogo, no abandonó la busca de la tradición y recogió romances en Andalucía (1972) y en Marruecos (1951, 1954, 1957, 1966), que luego darán lugar a un hermoso trabajo: *El romancero. Tradicionalidad y pervivencia* (1970, reeditado en 1972). Pero todavía le quedaba otro toque delicioso, poco conocido y muy difundido: el *Romancero viejo y tradicional* (1971), antología popular maestra y, cómo no, si era obligado, *Los cantares de gesta* (1969). Su inmensa curiosidad le llevó, como a su amigo Caro Baroja —el inicio y la consecuencia—, a la poesía popular: *Pliegos de cordel* (1974) y publicó un libro de *Villancicos dieciochescos* del Archivo Municipal de Málaga (1973).

Y cuántas notas reunidas en los dos volúmenes de la *Miscelánea de Estudios Medievales* (1990), magníficamente presentados, aunque deslucen las erratas.

Desde el primer momento (1953) engarza sus estudios medievales con los sefarditas: lo inician las endechas, a las que volverá una (1957) y otra vez: saeta, endecha (1958), cantos de muerte (1960), hasta que en 1969 salen ya perfectas, incluso con música. Es una obra singular, que necesitaba de un complemento que andaba rondando con la belleza femenina y el paralelismo de los cantos de boda, y por fin surgió el complemento: *Los cantos de boda* (1971).

Los sefarditas marroquíes de Tetuán, Tánger, Larache y Alcazarquivir formaron una piña en tomo a Alvar para, con ayuda de sus alumnos —como Juan Martínez Ruiz—, penetrar en aquel mundo bíblico que él añoraba y siguió cultivando, versiones medievales (1987) o la Biblia de Ferrara (1995). De este modo surgieron el contrapunto de unas canciones sefardíes (1971), la *Leyenda de Pascua* (1986), *El orden de las bendiciones* (1992). De todo ello tenemos un manual de extraordinaria importancia: *Poesía tradicional de los judíos españoles* (1966) y hasta una *Literatura sefardí* (1996) y *El Ladino* (2000). Pero con cuántos sefarditas marroquíes conversé sobre el afecto y humanidad de Alvar. Unos emigraron, otros fallecieron con el agradecimiento de la amistad:

Busquemos amistad verdadera
qu'en todo se precie de igual compañero
de dos voluntades la suya postrera.

Y Nebrija: ora en relación con las lenguas indígenas americanas, ora en relación con el vocabulario andaluz (1995), ora en relación con los estudios sobre la Edad de Oro (1997) y detalles curiosos: máquinas y molinos (1993) o los *Estudios nebrisenses* (1992). Pero el mundo literario no se le quedó estancado; siguió la carrera del sol y ora en una dirección (léxica, crítica) de pura investigación, ora Andrés Laguna (1991), Santa Teresa y una carta autógrafa (1990), Vicente Espinel (1990) y su discípulo, Lope de Vega, ora sobre *La Gatomaquia*, ora sobre *El mejor mozo de España* (1993) o *El castigo sin venganza* (1986) o las poesías inéditas del toresano Ulloa Pereira (1989), como el tortosino Francisco de la Torre Sevil, amigo de Calderón y Gracián, cuyo *Entretenimiento de las musas* le trajo en jaque durante cuarenta años desde 1947 (RFE) hasta 1985 (Valencia) y 1987, ¡por fin!, la edición. A veces sentía verdadera pasión por autor tan poco conocido (1995) como Mor de Fuentes, cuyo *Bosquejillo* editó en 1952 y reeditó treinta años después; por algún otro sintió esa misma atracción: D.^a Ana Abarca de Bolea (1945).

Un dialectólogo, un filólogo se nos evade en el mundo poético moderno: nada del Siglo xx le fue ajeno. Mucho antes de ser académico (1974), que le imponía unos quehaceres actualizados, ya se había dedicado a otra de sus pasiones: la poesía, ora fue la de Delmira Agustini (1954, ampliada en 1958), que completó con la edición de sus obras en 1971; ora fue otra su salmantina devoción (no en vano allí

terminó su carrera como alumno y la inició como profesor universitario) por Don Miguel de Unamuno: sobre algunos poemas, *Unidad y evolución* (1960), sobre *El problema de la fe* (1962), *El Acercamiento a la poesía* (1964) o su edición *Poesías* (1975). Pero también entró en Galdós —¿por canario o por maestro?—: *Novela y teatro de Galdós*; Azorín (1988); Machado, *Poesía, Lírica tradicional, Los complementarios*; o don Pío Baroja (1998). Hay poetas que fueron su debilidad, en algún momento obsesiva: Juan Ramón Jiménez, *Simbolismo e impresionismo, Tradicionalidad y popularismo, Idealismo lingüístico*, todos en 1981, y *La palabra poética* (1983), estudio ampliado en 1986; y Vicente Medina (1986) y su teatro (1987); o Jorge Guillén, *Texto y Pretexto* (1976), sobre la traducción del *Cementerio marino* (1995), *Unamuno y Guillén* (1998), *Hacia el color* (1999), el *Peruigilium Veneris en De Falera y Guillén*; o Miguel Delibes, a quien admira apasionado por su lengua: *El mundo novelesco* (1982), *Lenguas y hablas* (1984), *Castilla habla el castellano* (1985); Vicente Aleixandre y sus meticulosa edición y estudio (Roma, 1974 y 1985, y Málaga, 1982) de *Ciudad del Paraíso*; o minuciosas observaciones de García Lorca: *Los cuatro elementos* (1986 y 1988) o *La pintura*.

Todos estos estudios, toda su sabiduría, toda su sensibilidad se muestran en *Estudios y ensayos de Literatura contemporánea* (1971), *El modernismo* (1984), *La Generación del 98* (1973), *Símbolos y mitos* (1990) y *Nuevos estudios y ensayos* (1991). No son resúmenes; son valoraciones propias de un crítico-creador.

Hispanizante

Hemos visto a la uruguaya Delmira Agustini en el comienzo de sus devociones poéticas: le atraía Hispanoamérica, le inquietaba, le bullía en el corazón y desde la frontera del Canadá hasta el sur de Argentina y Chile, le «tiraba» del corazón y lo perseguía desde el primer momento de nacer; con Cristóbal Colón: *Diario del Descubrimiento* (1976), *Navegación* (1984) y *La Lengua* (1998). Le preocupaba el español: *Libro del mestizaje* (1987), *Las Constituciones políticas* (1987), *El español en las dos orillas* (1991); y lo veremos preocupado durante muchos años por Canarias: parada y fonda de América.

Si la lengua es su preocupación, también lo son los cronistas de Indias (1992): *La otra literatura colonial* (1993 y 1995), *Los otros cronistas* (1996), *Las cartas coloniales* (1998), los *Relatos fantásticos de las Crónicas de Indias* (1990). Yo no soy partidario de la colonia —una de las pocas cosas en que disentíamos el Dr. Alvar y yo—, aun siendo un modo de decir, no lo fueron nunca, como demostró Levene: *Las Indias no fueron colonias*, como tampoco existe una «Latinoamérica».

Pero sobre quienes volcó su paciencia, su saber, su ansia de puntualizar científicamente fueron dos cronistas: uno, el iletrado Bemal Díaz del Castilla, quien vivió e hizo la historia que magistralmente nos legó con profundidad de artista, le ocupó y preocupó durante 25 años: *El mundo americano de B. D. del Castillo* (1968), *Los*

americanismos (1970, segunda edición de 1990) y *La poesía tradicional*, o su pacientísimo estudio sobre Juan de Castellanos.

Si se metió de hoz y coz en el mundo hispánico, lo hizo con todas las consecuencias y, recordando al bendito Fray Hernando de Talavera y su preocupación por la enseñanza religiosa en la lengua materna, que los jerónimos y otros frailes pasaron al Nuevo Mundo, se zambulló de lleno en el estudio de las lenguas —su Nebrija, que tanto le ocupó, le guiaba— y ora estudia la lengua mosca (1977), ora edita a Fray Bernardo de Lugo, poco después será la fonética chibcha (1979) la que le ocupó y, a continuación, un manuscrito para la evangelización (1999), pero ya había estudiado las lenguas totonaca (1994) y mapuche (1995).

Todo lo que llevamos dicho de este hombre, de este humanista que se pasea por la cultura y los pueblos hispanos, no es más que un divertimento espiritual. Porque su devoción es la del historiador de la Lengua, la del dialectólogo, la del geógrafo lingüístico. Hubo un intento, allá por 1974, de crearle una Cátedra de «Geografía Lingüística» en la Universidad Complutense; se discutió en la Junta de Gobierno, pero... nuestra época es científica, no humanística, y aquella Cátedra fue a parar a una Facultad que se había escindido en cinco y, por tanto, tenía más votos.

Pero quien ha recorrido el mundo hispánico a golpe de calcetín, en alpargatas, bicicleta o tractor, quien ha subido cumbres y vadeado ríos, quien ha esperado —sin saberlo— al puma americano, próximo a su bebedero, quien ha sufrido agotamientos físicos y enfermedades en pro de la lengua hispánica, ha hecho un trabajo de coloso, desde su juventud cuando hacía prácticas como alférez en el Alto Aragón, encuadrado en el Regimiento Viriato, que recorría valles y caminos haciendo papeletas para su tesis doctoral, hasta anteayer, cuando ya no debía viajar, lo hizo y su obra está todavía publicándose. Era más fecundo, más rápido en concebir y realizar que los talleres tipográficos en imprimir. A él se deben sus estudios del *Atlas de Rumania* (1951), y *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón: el Cuestionario* (1963), *El Proyecto* y las *Encuestas* (1963-1964), y con la colaboración apasionada de Tomás Buesa, su auténtico Lucilio, y la ayuda inicial de Antonio Llorente, otro *alter ego*, salieron los volúmenes I y XI (1979- 1980) y ampliados con Navarra y Rioja, otros diez volúmenes (tres en 1980, uno en 1981, tres en 1982 y los tres finales, X-XI-XII, en 1983) y, además, el *Dialecto Riojano* (1969).

En precedencia necesaria salieron *El habla del campo de Jaca* (1948, reeditada en facsímil en 1997), la *Toponimia del Alto Aragón* (1949), *Palabras y cosas de Aézcoa* (1947) y multitud de trabajos breves, pero importantísimos, sobre todo tipo de materiales dialectales. Y seguirían saliendo *Sobre la frontera catalana-aragonesa* (1976), *Modalidades lingüísticas de Aragón* (1986), *Sobre el ser de los aragoneses* (1988).

Los aragoneses —Alvar lo era de adopción— saben ser agradecidos: ¿cuántos años dirigió el Archivo de Filología Aragonesa? Han creado una Cátedra lingüística «Manuel Alvar», es Premio Aragón de las Letras, Aragonés de Mérito, medalla de oro de Zaragoza y de su Diputación ...

Pero, a decir, verdad, no fue su primer Atlas: el primero en su concepción se anuncia ya en 1959: el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía* —las *Encuestas* aparecieron ya en 1959—; en él colaborarán Antonio Llorente y Gregorio Salvador, y los seis volúmenes aparecerán entre 1961-1973; la Junta de Andalucía lo reeditará en tres volúmenes en 1991. A partir de aquí, surgen múltiples direcciones: *El español hablado en Tenerife* y, con él, el *Cuestionario del ALEC* (1964), sus estudios de *Niveles socioculturales* (1972), el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Canarias* (tres volúmenes, 1975-1978), *Originalidad del léxico canario* (1981), *Dialectología* (1968), *Cultura popular canaria* (1968), *Dialectología* (1981), *Corpus y toponimia* (1973). Pero de aquí surge lo inevitable: *Canarias y el descubrimiento de América* (1988) y sus *Estudios canarios* (1993).

Las cosas se complican, las ideas bullen, los horizontes se amplían: se columbran en lontananza los *Atlas Lingüísticos de España* (1983), los *Atlas plurilingües y su metodología* (1977), la *Automatización* (1980) y un ejemplo (1981) y hasta los *Índices automatizados* (1984).

Mientras tanto, han salido los estudios sobre *Cartografía lingüística gallega* (1973-1974), el *Atlas de Santander* (1979), el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Cantabria* (1995), el *Cuestionario del Atlas de España y Portugal* (1974) y pequeñas muestras de *Ictionismo* y *Geográfica Lingüística* (1982), le sigue el *Atlas Lingüístico de los marineros* (1972), cuyo estudio sale en 1977 y otros tres estudios de 1975 y de 1977 sobre terminología marinera canaria y mediterránea y aún sobre el *Léxico marinero* dos volúmenes en 1985.

Saltó de la Península a Canarias, inevitable, inexorablemente había que seguir la ruta colombina, ya lo anticipaban sus estudios sobre la lengua de Colón: primero fue el *Léxico del español en América* (1965), la fonética en Oxaca (1965-1966), luego en Ajusco (1966-1967), le siguió el maya y el yucateco (1969), *Leticia, estudios sobre la Amazonia colombiana* (1977), las *Encuestas fonéticas en Guatemala* (1980), *Español e inglés de Puerto Rico* (1982), *El español de España y Santo Domingo* (1983), las *Voces del Paraguay* (1983), *Las variedades del español en Cuba* (1984) y, por fin, el *Cuestionario y Proyecto del Atlas Lingüístico de Hispanoamérica* (1984). Después de años de trabajos y fatigas sin fin, aparece *El español de América* (2000), *América: la lengua*, *El español de la República Dominicana* (2000), *El español de Venezuela* (2001, tres volúmenes), *El español de Paraguay* (2001). Parecería un resumen *Español en Dos Mundos* (2002), pero no lo es porque todavía nos faltan sus tareas, con el frío del Norte y calor del desierto en el Sur, en Estados Unidos: ora sobre *Diacronía y sincronía en el español en USA* (1992), *Discrepancias léxicas en San Luis, Colorado* (1996-1997), el *Dialecto canario en Luisiana* (1998) y *El español del sur de Estados Unidos* (2000).

Quien ha hecho lo anterior se acredita de historiador de la lengua: un delicioso tomo para la UNED (1977); de dialectólogo: *Manual de Dialectología Hispánica* (1996) y *El español de América* (2000), verdadera enciclopedia puntual y abarcado-

ra del Mundo Hispánico, no Latinoamericano. Pero en este sentido no podemos olvidar nunca sus *Textos hispánicos dialectales* (1960) y *Poesía dialectal*, tan temprana y tan madura:

Que cinco cosas se requieren para verdadera amiçia:

La primera, que el amigo quiera para el amigo bien.

Lo segundo, que quiera que sea y tenga ser y biua.

Lo terçero, que se trasten e biuan juntos delectablemente.

Lo cuarto, que con deliberación elegido el non se pierda y se conduela con él y con él goze, que quando su amigo toviere mal, que lo sienta y tenga y quando bien, assí mesmo.

Lo quinto, que dure la amistad y por caso alguno se pierda.

Manuel Alvar, de cuando en cuando, nos regalaba con otra deliciosa sorpresa, ya no científica, crítica e histórica, sino poética. Hoy eran los *Sonetos a cuatro ciudades de España* —su hermano Julio grabó unas planchas para ellos— editados por su mujer Elena (1970); otro día «por San José», fueron *Las Granadas en el Ramo (Antología)* (1983), con «un abrazo» *En Indias peregrino* (1970), y cuánto agradecí las cantigas de Juan Zorro (1965) vertidas al castellano y cuánto las he gustado y paladeado; tanto como *El envés de la hoja* (1982), con sus juveniles recuerdos en prosa deliciosa y cadenciosa; como los *Pasos de un peregrino* (1991), con la misma frescura, con la misma inocencia, con el mismo humor y sencillez de siempre. A veces aparecían los *Sonetos de las ausencias* (1966) o las *Islas Afortunadas* (1975), con *Cuaderno de la Hierbabuena y la Palma Real* (1974) o con sus *Mil islas* (1990).

Porque, entre trabajo y fatiga, hacía reposar su mente escapándose a un mundo poético propio, su ensueño, su Elena y su lengua: el español, a pesar de torpes senadores que remaron contra corriente.

Me permito finalizar con otra paráfrasis que Manolo Alvar sabía de memoria y amaba como yo:

E pues vos claro varón
tanto saber derramastees,
esperad el galardón
que en este mundo ganastes,
con esta confiança e con la fe tan entera
que tenéis partís con buena esperanza,
que estotra vida tercera
ganaréis.

Así pues... murió el hombre, pero queda la obra y el nombre.